

“Se permite fotografiar”

José Lebrero Stals

Texto del comisario de la exposición Prohibido el cante. Flamenco y fotografía

Ya sea como realidad social o como expresión musical, el flamenco siempre ha interesado a un gran número de fotógrafos; sobre todo, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días. Unos, provenientes de diferentes lugares del mundo, fueron a buscarlo o lo encontraron fortuitamente; otros han convivido con él y con sus gentes de modo habitual.

Sin duda, en diversos entornos urbanos cultos, ha provocado fascinación esta forma artística –también un modo de vida, una manera de estar en el mundo– que, a pesar de haber entrado en la era de las industrias culturales, aún constituye una de las manifestaciones populares europeas más desconocidas, secretas, misteriosas y seductoras del siglo XX.

Marginal y durante mucho tiempo condenado al ostracismo, desde sus orígenes, el mundo del flamenco se desarrolló en una región económicamente desfavorecida, culturalmente periférica y marcada políticamente por un pasado autoritario y caciquil en la zona meridional de Europa.

A pesar del destierro cultural que ha padecido, los motivos por los que genera tanta atracción son diversos. Las razones de la presencia del flamenco en la esfera fotográfica han tenido que ver con la curiosidad antropológica que despertaron sus particulares espacios cotidianos. Avivó el deseo documental de testimoniar los lugares donde han ido socializando sus protagonistas. Obtuvo la atracción que provoca poder captar los momentos mágicos en los que los maestros transmiten el conocimiento del arte a sus niños, la magnética dimensión pública y mediática de sus figuras, dejando plasmar el compromiso ético del profesional fotógrafo con la desigualdad en el mundo. O simplemente interesó por la perplejidad y sorpresa que causó en encuentros no buscados con el fotógrafo. Con el tiempo, el flamenco se ha ganado un lugar propio en el mundo del espectáculo. Su

profesionalización ha conllevado el correspondiente registro documental de los actos y los artistas flamencos, lo que ha favorecido una historia específica de la foto de estudio o de escenario.

La historia visual que en este volumen se presenta se compone de ciento cincuenta y tres copias seleccionadas del total de las más de doscientas fotografías que constituyen la exposición *Prohibido el cante. Flamenco y fotografía*. Da cuenta de cómo el flamenco pasó de las ventas y las tabernas a los *tablaos* de los cafés cantante, de cómo entró en las academias y llegó a los teatros o a los escenarios turísticos hasta haberse introducido en el ámbito de la moda y en el mundo artístico internacional.

Con el flamenco se encontraron los fotógrafos viajeros de la España del siglo XIX, haciendo las veces de etnógrafos, sociólogos o antropólogos. Se documentó en las capitales de provincias y despertó la curiosidad de intelectuales en la metrópolis parisina del primer cuarto de siglo XX. Por los escasos testimonios gráficos localizados, parece que durante la Guerra Civil, por motivos obvios, el flamenco se esfumó de la escena fotográfica. Sin embargo, ya en los años cincuenta, el franquismo lo asimiló bien. Ante la necesidad de unos signos de identidad cultural nacional fáciles de controlar, el régimen dictatorial supo sacar partido propagandístico al "alma" y a las esencias visibles del flamenco, para, alimentando el estereotipo, ofrecer un referente cultural falto de polémica.

Más adelante, las formas alternativas de vivir de los años sesenta del pasado siglo, el rock y su mundo contestatario y alucinógeno, provocaron a partir de la década de los setenta cierta liberación transformadora entre algunos de sus artistas más jóvenes y potenciaron que el flamenco se encaminara hacia lo que ya es hoy: una expresión artística de primer nivel. Incitaron un progresivo reconocimiento de aquello en lo que aún cuenta lo "auténtico", eso que late fuera del espacio "cínico" dominante en la cultura contemporánea. Quizás sea esa una de las causas por las que crece el respeto que, cada vez más, se le profesa en todo el mundo. La fotografía utiliza el entorno del flamenco para contar –sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX– cómo avanza la fractura entre cultura de vanguardia y cultura popular, entre arte y espectáculo, o entre espacio cotidiano y escenario. La cámara ha estado allí en innumerables ocasiones,

en los momentos más íntimos del nacimiento o la muerte y en las celebraciones más públicas de rechazo o reconocimiento.

Con mayor o menor sorpresa, en múltiples circunstancias se ha intentado atrapar una posible notación metafísica del hecho expresivo flamenco. El capturar lo que tiene de irrepetible, de revelación de lo verdadero, ha conformado una manera específica de representarlo y entenderlo. Así, más de ciento cincuenta años de imágenes fotográficas, con frecuencia hechas más por extraños que por propios, han fomentado el relacionar el flamenco con la pasión, el exotismo, la marginalidad, la irracionalidad, la melancolía, la naturaleza, el desvarío, el exceso o la sexualidad. Entre las fotos interesantes, pocas hemos encontrado que no remitieran de un modo u otro, a este tipo de cuestiones.

Paralelamente a esta aproximación que de algún modo contribuyó a su idealización, la aparición de la "fotografía de calle" suscitó otro método de acercamiento: se trataba entonces de construir una mirada periodística y crítica del mundo del flamenco, de sus protagonistas públicos y anónimos, de sus seguidores y perseguidores para documentar la complejidad y las contradicciones sociales que origina su existencia. En las últimas décadas, más integrado como lenguaje artístico reconocido y por lo tanto más normalizado y menos provocadoramente "exótico", se ha ido consolidando otra manera de ver el asunto. Una perspectiva que busca dignificar el espectáculo, sus escenarios públicos e íntimos, sus mitos, sus acólitos y sus lugares, o bien pretende exhibir el *glamour* específico que generan en la sociedad del consumo intensivo los artistas y sus entornos.

No es un objetivo de esta publicación avivar la controvertida especulación sobre el cuándo y el dónde de los orígenes del flamenco. Sin embargo – como se verá– incluye una cuidada selección de sus primeras fotografías antiguas, desde 1858, realizadas fundamentalmente en los dos lugares esenciales para comprender dónde se construyeron las principales teorías de la imagen reproducida sobre esta expresión artística: París y Andalucía.

Hasta ahora, los indicios entre ambos medios artísticos –el flamenco y la fotografía– se encontraban en monografías dedicadas a autores concretos, en imágenes pertenecientes a fondos documentales o periodísticos o en fotos desperdigadas en libros, estudios o colecciones.

No existía pues una recopilación exhaustiva. Este libro es un resumen con ánimo de conjunto ejemplar para exponer cómo los fotógrafos de distintas épocas se han acercado al universo del flamenco. Se pretende contribuir a superar la dispersión de las imágenes en el tiempo y en los espacios, focalizando la atención sobre el flamenco como un tema en la historia de la fotografía. En la mayoría de los casos, a la hora de la elección primaron los criterios estéticos; aunque en otros, pocos, se impuso la oportunidad que brindaba el medio fotográfico para testimoniar situaciones insólitas, momentos estelares o realidades próximas a la gestualidad del flamenco, como la de la danza contemporánea o la moda, para completar el repertorio de las imágenes recogidas aquí.

Muchas son las personas y las instituciones a las que es necesario agradecer buenos consejos, valiosa información o generosas aportaciones de obras y comentarios a la exposición *Prohibido el cante. Flamenco y fotografía* que se inaugura en el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo de Sevilla. De ahí, el extenso listado que se incluye en la sección de créditos.

Quisiera de un modo expreso reconocer aquí el esfuerzo de varios años de trabajo y la complicidad de Inmaculada Abolafio, asistente de comisariado, sin quien no hubiéramos llegado a este punto. También una mención subrayada a la creatividad de la diseñadora del libro, Gloria Rodríguez, y a la implicación editorial de RM para hacer de este un libro singular.

Finalmente, un agradecimiento entusiasmado a esos fotógrafos que, la mayoría de las veces sin conocerse mutuamente, desde 1858 hasta 2008 han contribuido a dignificar públicamente los modos y las gentes de una concepción creativa única.